

● Luis Gerardo Ugalde

# LA BÚSQUEDA INTERIOR: REFLEXIONES EN TORNO A *LOS HERALDOS NEGROS* DE CÉSAR VALLEJO

Hay hombres tan desgraciados  
que ni siquiera tienen cuerpo  
C. VALLEJO

Para Araceli Corona Orozco

ilencio, ausencia de sí, es lo que se empieza por encontrar en el poema "Los heraldos negros" del libro homónimo publicado en 1918.

¡Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

¿Por qué silencio? La Vida está imposibilitada de ser hecha palabra, inefable es en sí misma la Vida, por lo tanto, ¿cómo llamar a los diferentes sortilegios que hallamos en ella; y más, cómo nombrar aquellos que se nos presentan en ella de manera brutal? Este *nefás* sólo nos remite a la ausencia propia del saber y obliga al poeta a referenciar con mayúsculas: YO NO SÉ, que es un desamparo ante la Vida misma, una composición que nos vacía de lo único que nos referencia: lo terrible y lo misteriosa que es la Vida, fuerza pulsiva que no es un saber retencial inmediato, sino siempre a partir de lo Otro, de todo aquello que me hace no Ser. Poderosa manifestación de lo inefable que sólo se puede referenciar con lo Sagrado:

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,  
la resaca de todo lo sufrido  
se empozara en el alma... Yo no sé!

Esta terrible realidad se convalida en metáfora: lo que la Vida nos deviene es tan fuerte que es como si fuese el odio, pero no cualquier odio, no, es el odio que se siente ante lo mismo, es el odio que nace en el Principio, en la Palabra, en lo Indecible, en Dios; porque es un Dios mayúsculo, es un dios con nombre propio, Dios, el mismo, lo terrible, lo misterioso... tan indecible como inaprehensible, por ello el poeta tiene que volver a expresar, quizás ahora con más silencio, con menos voz, pues la voz se aqueda y se vuelve minúscula para insistir: "*Yo no sé!*".

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras  
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

Esos golpes no son muchos pero sí suficientes y capaces de crear en los hombres y mujeres, en los cuerpos de esos seres, vivos, enteros, llenos de sí, huellas de los golpes, marcas de Vida, heridas que maltratan hasta lo más evidente de nosotros mismos, discursos que apelan a un lenguaje no verbal para mostrar, señalar (señal evidente en los rostros; tajo oculto en los lomos) lo que sólo se manifiesta así, tan total que no se puede parcializar con la palabra y sólo se puede recurrir a las imágenes.

Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;

o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

"Donde pone pezuña el caballo del terrible huno Atila, no vuelve a crecer ni el pasto", decía un adagio medieval. Así se muestran de indomables los golpes que nos da la Vida. No es uno el huno Atila, sino varios los Atilas que se presentan en la Vida. Pero no es únicamente el hombre, sino el ser bicéfalo caballo-hombre, en que el caballo joven y brioso se presenta cada vez arreciando y pleno, salvaje como la estepa, bárbaro por insumiso, pues no carga la insoportable moral del civilizado; su impiedad es natural, auténtica. A final de cuentas es la Vida.

Pero sólo son mensajeros, rúbricas de nuestra conciencia de seres agónicos; silenciosos, oscuros cortesanos de la antagonica de la Vida: la Muerte;

señal inefable que se da impía, sólo es lo que es: callado retorno al sin retorno. Por eso se escribe con mayúscula, porque es el misterio del misterio, otredad que carece de rostro pero no de identidad; identidad de lo Otro, ése que nos porta y a su vez portamos.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,  
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.

"También se puede caer hacia el cielo", nos recuerda el gran poeta romántico Hölderlin. Caída tan honda que nunca termina. ¿Dónde terminaría la caída hacia el cielo, que no es cualquier caída? Es la caída de nuestra maltratada alma: Cristo de Semana Santa, alma ¿escarzida? Alma que cae de rodillas con la enorme cruz que le pone la Vida, la Muerte. Alma que es una, pero múltiples sus caídas; varios los Cristos, pero única la Vida, Sagrada la Muerte. Por ello es una fe adorable y devota aunque, ¿de qué o de quién? Es el destino el que emite esta fe adorable... Adorable por sus Cristos, en sus Cristos, en sus hondas caídas. Cristo que no salva, sino sacrifica; Cristo que no es trascendencia, sólo inmanencia; inmanencia que inmola al Destino en Alma; grito acallado que atenta contra lo Sagrado que nos depara el Destino, el Karma; Xanadú que se corrompe a sí mismo, profanación de lo Sagrado por lo Sagrado, blasfemia que recupera lo profano de la Vida y atenta contra lo Sagrado de la Muerte.

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones

de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

¿Cuáles golpes? ¿Los de la Vida o los profanados al Nazareno? Ambos son sangrientos. Los primeros porque desuelen el alma; los otros, laceran el cuerpo roto del sacrificado. Ambos dejan marcas; unas visibles en el cuerpo exterior (rostro, lomo), e invisibles en el cuerpo interior: el alma que crepita oculta a la vista pero no al Misterio. Dentro de la Vida o por entrar a la Muerte. Nacemos para morir, la Vida es la lucha contra la Muerte, y está presente, instante a instante, en este pez que nada en el aire. Nacer al morir, morir al nacer.

Pan que está a punto de ser echado al Mundo para sufrir la Vida-Muerte, la Muerte-Vida que se

nos escapa sin poder exitarlo; agua-aire que corre apresurada; historia que se quema en su propio devenir, tostado porvenir...

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada; vuelve los ojos locos, y todo lo vivido

se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

A este Ser sólo le depara la lejanía de sí, la pobreza de su no saber, de su no tener: no sabemos qué es la Vida, qué es la Muerte, no somos dueños de nuestra Vida, ni de nuestra Muerte. El hombre sabe de los otros, puede hablar de su vida como una narración hilada de acontecimientos en un tiempo lineal, en una ubicación espacial, pero no sabe de la esencia de la Vida; la puede intuir, la puede pensar, pero no decir; la puede sentir, y el sentimiento

de magnificencia, de misterio, lo empequeñece, lo empobrece, lo vuelve a empobrecer. ¿Qué es la Muerte?, ¿qué *Rostrum* tendrá la Otredad? La Otredad deshumaniza, le quita el sentido de lo humano a lo inconmensurable. El Universo (y el Indivi(duo) con él) se vuelve un texto profano, epifanía de lo Total y lo Parcial en el misterio, en la profusión de Muerte-Vida.

¡Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! LC

## BIBLIOGRAFÍA

Vallejo, César (1961), *Los heraldos negros*, Col. "Biblioteca clásica y contemporánea", Buenos Aires, Losada, Núm. 138.



Girardon. *Plañidera que llora a los pies de la tumba* (detalle). 1645-1650.